

La puerta de Lituania

A través de todos los medios a su alcance, los lituanos están pidiendo la solidaridad internacional, el reconocimiento, por parte de los otros pueblos, de su independencia proclamada y asumida con una dignidad ejemplar. Los lituanos saben que ese reconocimiento les ha de permitir establecer relaciones normales, directas y sin intermediarios, con todo el mundo y, al mismo tiempo, les ha de garantizar la realización práctica de lo que han decidido soberanamente. Esperan, pues, con impaciencia, en particular de los gobiernos que se llenan la boca de la palabra democracia, claras muestras de apoyo, también para poder ganar tiempo y posiciones ante las autoridades de Moscú.

Sin embargo, hasta ahora, sólo algunos partidos nacionalistas de las naciones sin Estado han expresado su adhesión y solidaridad. Ningún gobierno estatal ha dado el paso. Alguno se ha limitado a amenazar con sanciones a la URSS si el Estado soviético va demasiado lejos. Los gobiernos estatales ponen más la atención en lo que hace o hará el Kremlin que en lo que ha hecho un pueblo con poco peso específico. Prefieren seguir la lógica de la hipocresía, decir en voz baja que sienten simpatía por el coraje y civismo de los lituanos y expresarse públicamente por la neutralidad. Por aquella neutralidad que se traduce siempre en no querer molestar a quienes, en definitiva, mandan, o sea en ponerse al lado de otro poder estatal. Las tímidas advertencias a Gorbachov no impiden a éste cerrar fronteras, enviar a Lituania tanques y soldados provocadores para atemorizar a la gente, interrumpir el suministro de petróleo... y anunciar otras medidas intimidatorias para preparar una negociación prometida, en el caso de que los autores del decreto de independencia no se arrepientan, no vuelvan atrás. Por razones obvias, los gobiernos de otros Estados deben juzgar positivamente que el «diálogo deseable» se produzca desde una posición de fuerza (del Estado) y no en un plano



de igualdad. Lo que a los Estados constituidos interesa es que nada ni nadie ponga en cuestión el orden establecido. Además ¿vale la pena jugarse algo por Lituania? ¿A qué Estado importa, realmente, la suerte de Lituania?

O quizás interesa mucho, demasiado, el caso de Lituania. Por lo menos para no crear precedentes en Europa. Efectivamente, Lituania ha roto esquemas. Con su autoproclamación de independencia, afirma que el mito del «pueblo soviético» (del pueblo igual a Estado), tratado como pueblo superior en el sentido de poseer la plena soberanía, es un montaje. Justifica al Estado y vertebraba las relaciones de sus súbditos con él. Y basta. Los

lituanos acusan, de alguna manera, a todos los Estados, incluidos muchos europeos atlánticos y mediterráneos, que siguen un esquema semejante. Igualmente, los lituanos, con su gesto de ejercer, mediante una política de hechos consumados, el derecho a la autodeterminación han liberado del secuestro en que se encontraba ese derecho, lo sacan de una práctica internacional que lo había ido reduciendo al ámbito del Tercer Mundo. Los lituanos han repuesto el principio del derecho a la autodeterminación de todos los pueblos sobre la mesa europea. Finalmente, los lituanos han optado por construir la «casa común europea» dando la prioridad al desarrollo de los derechos colectivos de los pueblos, a la profundización de la democracia, al progreso europeo, para todos los pueblos; antes, pues, de pensar en las ilusiones que ofrece el supermercado de la Europa occidental o en continuar esperando que el Estado constituido solucionara los problemas nacionales pendientes.

Con el conjunto de esos mensajes, Lituania es, a los ojos de los gobiernos estatales, peligrosa. Abre una puerta que no les conviene, que debería cerrarse lo más pronto posible. Aunque no dar apoyo a Lituania signifique limitar y manipular la democracia. Como lo es dejar de sostener a otros pueblos, al vasco y al catalán, por ejemplo, en aras a la «democracia instalada» que se opone a la democracia sin adjetivos reivindicada por tales pueblos. (A propósito, resulta sintomático que ciertos políticos de nuestro entorno vayan reiterando que «nosotros no somos lituanos»).

En todo caso hemos de agradecer a los lituanos que hayan abierto una puerta a la Europa de las libertades, que consideren sus actos soberanos innegociables, que hayan provocado declaraciones de los mismos gobernantes estatales de la URSS en el sentido que «en vez de fijarnos tanto en Lituania —según ellos «una cuestión interna»— hemos de mirar más hacia Irlanda del Norte o hacia el País Vasco».

(*) Secretario General de CIEMEN

Bego

XX. mende honetan barrena garbiki ezer nabarmendu baldin bada, inperio multinazionalen porrota izan da.

Aste hauetan Sobietar Batasunaren kinka larria dugu etengabe begien aurrean: Moldavia, Armenia, Lituania, Uzbekistan... Eta honek gainerako Estatu multinazionalen suntsiera izkutatzen digu. Ottomandar «Ate Aparta», Austria-Hungaria... Azken ehun urte horretan porrokatu diren inperio «hilezkorrak» ahantzi gabe: italiarrena, holandarrena, belgikarrena, portugaldarrena, ingeles eta frantsesena... «Los últimos de Filipinas» filmea ikusia dute gure garaikoek; eta Kossuth eta Rizal zahar xamarrak badira ere, Sukarno, Gandhi, Ben Bella, Massaryk, Bardi, imperialismoaren kontrako borrokan gailendutako liderrak ditugu. Olatu horrek Europa iritsi du orain: Eslovenia, Kossovo, Transilvania, Lituania, Estonia...

Hots, borroka-motak eta metropolien erantzunak aspertu ere egiteko moduan errepikatzen dira; aurreko esperentziak batere kontutan hartzen ez direlarik.

Lituaniak atea jo, eta hauxe erantzun diote Moskutik: «Orain ez. Mementua oso desegoki da. Itxaron».

Alegia: bihar, beti, etzidamu, geurtz... «Gero», ez.

Baina gure arbasoek zehazki ziotenez: «gero dianak, bego dio». Zakarkiago mintzazketotan: Ez.

Areago. Herri batek Autodeterminazioa eskatzen duenean, Heterodeterminazioa proposatzen zaio. Lituaniak Autodeterminazioa eskatu orduko, Moskuk hau erantzun dio: «eskubide hori Sobietar Batasuneko partaide gutxion artean erabaki beharko dugu»... Alajainkoa!

Hitz batez: «!xo! Egon geldi, ala egurra hartuko duk!».

Eta galdera hau dator burura: Noiz debru ote da mementu on hori?

TXILLARDEGI

hemeroteka

N. Y., no gracias

(Rafael Torres, «El Mundo»)

(...)La ignorancia, el vicentismo (¿A dónde va Vicente?), el papanatismo, la palettería y el comeocos del Imperio han hecho por el turismo de Nueva York lo que no hubiera podido hacer un billón de dólares en propaganda. Lorca estuvo en esa horrible ciudad, escribió acto seguido lo más desolado que salió jamás de su pluma y no volvió ya nunca a repetir la experiencia. Lástima que la gente no lea a Lorca y que, por el contrario, se crea la falacia de que aquella mugre vertical es el centro de la civilización.

Por mucho que uno se dedique al diseño o a cualquiera de las mil pamplinas contemporáneas que encubren la inanidad, es difícil viajar sin conciencia, si es que se tiene, y entonces Nueva York es una visión demasiado dura como para seguir habitando en este mundo. Porque el tópico de que la miseria y la opulencia conviven en aquellas avenidas de cielo alto y lejano encubre, en realidad, el más inoportable muestrario de injusticia y descomposición.

Según Luis Rojas Marcos, director del Sistema Hospitalario de Salud Mental de N.Y., el año pa-

sado murieron en Harlem, antes de su primer cumpleaños, 42 de los 2.103 niños nacidos, una tasa comparable a la de cualquier país subdesarrollado, y los índices de muerte entre los 5 y 65 años son mayores en ese barrio que en Bangladesh. Y eso por no hablar de los 200.000 heroínómanos, los 400.000 drogadictos de diversa modalidad, los 250.000 afectados de Sida o los 100.000 delitos de sangre que se cometen cada año en la ciudad.

En Nueva York no es que no haya nada, es que lo que hay machaca el corazón.

Bancos

(Rosa Montero, «El País», 21-4-90)

Oigo por televisión que la banca española es, de entre todas las de la Comunidad Europea, la que ha obtenido mayores beneficios en el último año. (...) Esto debe ser lo que llaman «modernizar España».

Hay por ahí un puñado de recalcitrantes lenguaraces que, no contentos con nada, refunfunan que bien podríamos haber escogido otro campo en el que destacar. Que hubiera sido preferible tener el mejor servicio sanitario, o ser el país con mayor número de bibliotecas por

cada mil habitantes, o descollar en la investigación(...). No se dan cuenta esos insatisfechos de que el éxito bancario posee un lustre mucho más cegador y posmoderno.

O sea, farda más.

(...)Tras ocho años de permanencia en el Gobierno, tras incensantes desvelos y preocupaciones bárbaras, tras invertir improbos es-

fuerzos en la transformación profunda del país, los socialistas han conseguido al fin que los pobres banqueros sean más ricos. Un logro inmenso.



JESUS FERRERO

«El Mundo»